

En la cancha de la imaginación

José Gordon



Hay destinos que parecen seguir un guión de película: el personaje se encuentra en las condiciones más adversas. Es imposible que salga de esas dificultades y, sin embargo, de la manera más dramática, en el último minuto, la convicción y el trabajo lo llevan a imponerse contra todas las probabilidades. Este libreto corresponde a las historias protagonizadas por Javier Aguirre: como entrenador del Osasuna recientemente llevó a un equipo modesto a niveles inesperados: estar entre los cuatro grandes del competido fútbol español; cuando fue entrenador del Pachuca, lo condujo de la oscuridad de los últimos lugares a ser el campeón del fútbol mexicano. En los juegos eliminatorios del Mundial pasado, entró de emergente y sacó del hoyo a la Selección Nacional cuando nadie pensaba que esto fuera posible. En ese marco, conversé con el Vasco Aguirre sobre el poder de comunicación que tiene el fútbol y el laberinto de nuestra identidad.

El gran crítico de la cultura George Steiner decía que uno de los lenguajes universales de nuestros tiempos está conformado por las imágenes del fútbol, lo que llama

con sentido del humor el *maradonés*. Steiner señala que la *Mano de Dios* de Diego Armando Maradona es algo de lo que podemos hablar por igual con un inglés, con un chino, con un francés o con un mexicano. Son momentos que hacen cruzarnos, sin saberlo, con millones de personas; forman parte de los sueños de la tribu.

Un balón que cruza las redes invisibles de una portería, las estampas de un espacio polvoriento de fútbol llanero, en más de una ocasión han sido objeto del arte y de la literatura, del pensamiento de intelectuales que salen al encuentro de la belleza y la imaginación en canchas inesperadas. Javier Aguirre comparte su visión del arte del fútbol y el espejo que ahí tenemos de nuestra cultura. El Vasco sonríe con complicidad al saber el tema que se pone en juego. Comienza el partido.

Cuando se habla de un equipo nacional, se habla de estilos de juego que nos identifican. Cuando se piensa en la selección brasileña, hay un estilo, una identidad que se puede apreciar; ¿qué identidad, aunque sea cambiante, se asocia con el fútbol mexicano?



Es una pregunta interesante —*estudia el terreno*—. Alguna vez la discutí, hace unos quince años, con un entrenador que me decía eso: uno descubre a los alemanes y tienen siempre el mismo estilo, una manera de vivir. Lo mismo ocurre con los españoles o con los ingleses o con la famosa “garra” charrúa. ¿Y nosotros qué? Él decía que había que recuperar el barrio, la picardía del mexicano, nuestra inventiva natural. En cuanto a nuestros rasgos, estamos hablando de un pueblo hospitalario, no me atrevería a decir de un pueblo sumiso ni mucho menos, pero que prefiere, prefiere —*recalca, retiene el balón*—, es mi apreciación muy personal, no combatir, prefiere dialogar y especular. El mexicano, futbolista o deportista, no se caracteriza (y ahí corro el riesgo de generalizar) por el combate. Ahí caemos en problemas de crisis de identidad, por eso nos ponemos a imitar. Así fue como tomamos la influencia de los años ochenta de los argentinos —*Aguirre despeja el balón fuera del área chica*—. Estoy hablando estrictamente del fútbol que es un terreno en el que me siento cómodo: el de la cancha —*recupera el esférico*—. Entonces éramos argentinos, incluso hablábamos como ellos y teníamos sus mismas supersticiones. Adoptábamos formas de estilo, de juego y de conductas que no eran propias de nosotros. Posteriormente, olvidamos a los argentinos. Yo entiendo a los jóvenes futbolistas mexicanos como parte de la transición que vive nuestro país. Ellos quieren ser parte de esta transición, no quieren ser permanentemente las selecciones mediocres o de medio pelo, perdóname la expresi-

sión, o que no han ganado nada. En alguna ocasión escuché a Juan José Arreola decir que la cultura, la sociedad mexicana, fallaba en ese último paso grande que había que dar para acceder al triunfo. Ahí actuamos hacia atrás. Le teníamos miedo al éxito, decía Juan José Arreola. Al oírlo, pensé: caramba, tengo que compartir ese punto de vista, porque lo he vivido.

Predomina el miedo y se olvida el placer y la belleza del juego. Vicente Leñero decía que no debemos perder de vista el placer estético, el arte que puede generar el buen fútbol cuando estás viendo prácticamente una danza en el estadio.

El fútbol mexicano, el fútbol en general, nos está rebasando a quienes de alguna suerte, como don Vicente, pensamos que el fútbol sirve para otras cosas. Hoy en día es lamentable la manera como se ha vuelto una maquinaria voraz. Uno forma parte de ese engranaje pero hay que tratar de salirse, hay que tratar de sobrevivir con tu esencia. Cuando ves a los jugadores mexicanos, la alegría con la que ven el balón y las cosas que son capaces de hacer con él, verdaderamente uno no puede sustraerse de pensar que esto forma parte de algún arte, no sé cuál, no sé cómo encasillarlo o englobarlo, pero tiene una plasticidad, una belleza de la que hoy en día es muy difícil hablar —*dribla, pone un centro de oro, medio gol*—. Todo es efectividad, promedios, porcentajes, números y dineros y nos estamos comiendo la esencia, lo bello del deporte, el arte del fútbol.

Una zona que me gustaría también sondear contigo, son las lecturas que no has olvidado. Las lecturas que de alguna manera te acompañan.

Siempre llevo algo conmigo. Hoy tengo a Galeano, un libro extraordinario, y tengo a Benedetti también, para que me recuerde que no quiero ser una pieza de un engranaje. Estoy descubriendo un par de lecturas de un género que nunca había leído. Yo me enfoco mucho en Latinoamérica, en la narrativa de estos autores tan apreciados que fueron marcando nuestro camino...

¿De quiénes estamos hablando?

Estamos hablando de García Márquez, indudablemente, de Vargas Llosa, de Fuentes, de Paz. Yo me seguí por esa línea. Básicamente leo poco o nada (algo que me da vergüenza, debo confesar) a autores de otras latitudes, pero estoy descubriendo unas lecturas maravillosas del taoísmo, del confucionismo.

Para terminar este encuentro, hablamos de la intervención del azar tanto en el juego como en el arte y su relación con el drama del fútbol. Peter Handke alguna vez escribió sobre el temor del portero ante el penalty, Javier Aguirre habla del temor del jugador que se vuelve héroe legendario y tiene que tirar un penalty.

¿Los jugadores conocen la dimensión de mito que a veces tienen ellos en las canchas? Prácticamente, en ciertos momentos, son literatura encarnada, mitos encarnados, héroes legendarios que están jugando su papel en la cancha.

De acuerdo contigo, pero no lo saben y te digo más: no están preparados para saberlo. La enorme responsabilidad que tendrían al llevar a cabo una ejecución técnica a sabiendas de que eso va a generar una enorme desilusión en todo un pueblo, automáticamente los limitaría, se automarginarían y dirían: “No puedo hacer esto, soy incapaz de hacer esto”. Ésta fue una discusión

que tuve hace muchos años con el mismo técnico con el que platicaba sobre el problema de identidad de nuestro fútbol, él me decía: “Es que tú no sabes el daño que le provocas a los alfareros de Tonalá cuando fallas un *penalty*”. Si yo supiera todo eso, que baja la producción de Tonalá, que los lunes la gente no va a trabajar porque está triste debido a que perdió su equipo y que yo soy el culpable directo de esa derrota, si yo supiera lo que voy a provocar: la baja de producción o de ventas o de ingreso a las familias, créeme que no tiro el *penalty* que lo tire otro más inconsciente. Entonces, eso pasa hoy en día con el futbolista. No están preparados para ser mitos ni quieren serlo. No podrían serlo.

Y a la vez, el problema, la tragedia es que lo son.

Aguirre asiente:

Es que lo son —*el balón se le escurre entre las piernas.*

En términos de drama, en términos de literatura, la tragedia se plantea como falta de tiempo, falta de ritmo, un segundo antes o un segundo después lo cambia todo. En este sentido ¿cómo concibes el fútbol en términos de ritmo y tiempo?

Es muy interesante la pregunta —*recupera el esférico*—. Lamentablemente no tenemos todas las variables controladas, por lo cual no manejamos los tiempos, no podemos hacerlo; dependemos tanto de otras cosas: entiéndase un árbitro, entiéndase un rival, entiéndase una circunstancia. Como decía Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mis circunstancias”. Entré a un equipo mexicano en un nivel muy bajo, con muchos problemas y con un entorno desfavorable; aparentemente las circunstancias se nos han vuelto favorables, con lo cual ya podría, aparentemente —*recalca, protege el balón con garra*—, manejar los tiempos de este drama o de esta tragedia mía y mexicana.

Sonríe. Termina el partido. Nos agradecemos mutuamente el placer de una cascarita.

